

III Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XVIII Jornadas de Investigación Séptimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2011.

El encuadre en el tratamiento de niños con problemas de simbolización.

Bó, María Teresita.

Cita:

Bó, María Teresita (2011). *El encuadre en el tratamiento de niños con problemas de simbolización. III Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XVIII Jornadas de Investigación Séptimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-052/197>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eRwr/9Sp>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

EL ENCUADRE EN EL TRATAMIENTO DE NIÑOS CON PROBLEMAS DE SIMBOLIZACIÓN

Bó, María Teresita

Secretaría de Investigación, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires

RESUMEN

El establecimiento del encuadre es de vital importancia al interior de toda la clínica psicoterapéutica, especialmente de aquella que se fundamenta en la teoría psicoanalítica. En este artículo se desarrollan las conceptualizaciones de diversos autores psicoanalíticos en relación a las características teóricas y clínicas del encuadre como fundamento para profundizar en las particularidades del mismo al interior de la clínica de niños con problemas de simbolización.

Palabras clave

Encuadre Transferencia Tratamiento

ABSTRACT

THE SETTING IN THE TREATMENT OF CHILDREN WITH PROBLEMS OF SYMBOLIZATION

The setting is crucial in any psychotherapeutic clinic, specially in those based on psychoanalytical theories. The thoughts of different authors concerning about theoretical and clinical characteristics as a foundations to deepen children's symbolic disorders are developed in this article.

Key words

Setting Transference Treatment

El encuadre en la teoría psicoanalítica

El trabajo terapéutico requiere de la activación de vínculos transferenciales que soporten los elementos primitivos que aparecen en el curso de los tratamientos. El establecimiento y la estabilización del encuadre colaboran a que estos vínculos se generen y se mantengan.

Podemos considerar encuadre al conjunto de condiciones necesarias para que una situación terapéutica tenga lugar. El encuadre determina las coordenadas espacio-temporales de realización, pero también incluye todos los aspectos dinámicos que organizan los hechos que se producen en su interior.

Toda relación humana tiene elementos de transferencia en la medida en que ocasionan identificaciones, desplazamientos de afecto, incluso situaciones regresivas. Pero la transferencia que se produce en análisis tiene un carácter específico ya que genera la actualización de los vínculos habidos con los objetos primarios. La repetición de modalidades de circulación del afecto, en transferencia, habilita un espacio clínico en el cual es posible intervenir terapéuticamente. El encuadre clínico

constituye el conjunto de dispositivos necesarios para que esta transferencia se instale, se actualice y ofrezca elementos de trabajo al analista.

En la clínica de niños y adolescentes con problemas de simbolización, el establecimiento de la transferencia es uno de los ejes principales de intervención, no sólo en los momentos iniciales sino durante todo el tratamiento. En el marco del proyecto de investigación "Problemas de aprendizaje: compromiso psíquico e intervenciones clínicas específicas", llevado a cabo por los equipos de investigación de la Cátedra de Psicopedagogía Clínica de la Facultad de Psicología de la UBA, se profundiza en el tema de las intervenciones clínicas. Se observa que éstas se focalizan en aspectos ligados al encuadre, al conflicto psíquico en su carácter restrictivo y a la dinamización de la actividad reflexiva.

Jean Laplanche (1987, 38) sostiene que lo propiamente específico del psicoanálisis es la situación clínica. Lo que Freud persigue, como base para el desarrollo de la teoría, es la posibilidad de encontrar un procedimiento que permita la investigación del inconsciente, diferenciando el psicoanálisis de las otras psicologías. Freud funda un método nuevo para aplicarlo a un dominio también nuevo, el inconsciente, dominio difícil de acceder por otras vías que las de la asociación libre, al interior de un encuadre previamente definido y estructurado que induce a la transferencia.

Laplanche define tres grupos de elementos relacionados con lo formal de la situación analítica, que inducen a la regresión y por tanto coadyuvan a la instalación de la transferencia:

- Elementos que se relacionan con lo formal de la situación, con el setting analítico
- Factores vinculados con el discurso demandado y con el discurso dado en respuesta: regla fundamental, asociaciones libres e intervenciones del analista
- Aspectos vinculados al rehusamiento de cualquier relación real por fuera del setting establecido

El primer grupo incluye los aspectos que conforman el *espacio analítico*: específicamente el sitio y tiempo del análisis (lugar, hora, frecuencia), pero es también un espacio donde circula un tipo de energía particular. Se trata de un espacio con características tópicas pero también energéticas, ya que lo que circula es energía pulsional, libidinal. Por tanto, para que la situación terapéutica se constituya, se harán necesarios los elementos vinculados a los otros dos grupos.

André Green (2003, 58) define al encuadre como "el conjunto de condiciones de posibilidad requeridas para el ejercicio del psicoanálisis, lo cual abarca las disposi-

ciones materiales que rigen las relaciones entre analizando y analista”. Sostiene que, fijadas desde un primer momento, estas condiciones resultan un convenio entre las partes cuyo objetivo será evitar eventuales discusiones en el futuro y posibiliten que los conflictos que puedan aparecer durante el tratamiento sean aquellos que surjan efectivamente de la transferencia.

Él distingue entre condiciones materiales del encuadre y la regla fundamental. La regla fundamental consiste en pedirle al analizado que diga todo lo que le aparezca en mente, sin censurar nada, aún las ocurrencias que aparentemente no tengan que ver con su problemática o aquellas que conciernan al analista o a su ámbito. Considera que esta regla es la única exigencia del analista en cuanto al trabajo del analizante, que este aceptará aún cuando sea una regla imposible de cumplir. Pero esta regla tiene para Green un cometido muy importante, al funcionar como tercero, instancia superior a la cual ambos, paciente y analista, acatan. De esta manera ambos aceptan una legalidad que los trasciende y que funciona como garante de que lo que ocurra en ese ámbito especial que es la sesión analítica, será utilizado en beneficio de la cura y no en ningún otro propósito. Este autor agrega que, además de exigirle el cumplimiento de la regla fundamental, se le solicita al paciente que se abstenga de hacer nada. Invita a una especie de soliloquio dirigido a alguien que no está del todo presente allí.

De acuerdo a la concepción de Green, podemos distinguir dos aspectos importantes del encuadre analítico:

- una matriz activa, compuesta por las asociaciones libres del paciente y la atención y escucha flotantes del analista, acompañadas de la necesaria neutralidad benevola. Esta matriz compone el par dialógico en el cual enraíza el análisis

- un estuche, que incluye el número y duración de las sesiones, la periodicidad, las modalidades de pago, etc. La matriz activa es para él la alhaja que requiere de un estuche adecuado para su lucimiento y conservación.

Piera Aulagnier (1986, 170 y ss), sostiene que es imposible en el curso de un tratamiento analítico, separar los efectos de sentido de las cargas de afecto a ellos adheridos y que ambos, fuerza y sentido, son responsables con igual fundamento de la organización del espacio-tiempo que encuadra los encuentros terapéuticos. Afirma esta autora que el encuadre deberá ser instaurado en aras de favorecer la movilización y la reactivación de la forma infantil del conflicto psíquico. Y añade que la presencia y el respeto por el encuadre tienen además la función de ser garantes de la distancia que separa la realidad psíquica de la realidad material, a fin de establecer los límites necesarios para que la realidad psíquica no sea obligada a un silencio que pudiera forzarla a actuar en la realidad exterior o dentro de su propia realidad corporal, las tensiones resultantes. Lo propio del encuadre es, para ella, construir y delimitar un espacio vincular que permita poner la relación transferencial al servicio del proyecto analítico. Esto implica que el analista dispondrá su escucha clínica al servicio de allanar

los caminos para que los aspectos pulsionales primitivos y las modalidades tempranas de vínculo se manifiesten en el espacio terapéutico. Y no serán los hechos efectivamente acaecidos los que persiga la escucha analítica sino la subjetividad del relato y las vivencias inconscientes que, merced a la asociación libre, aparezcan en el discurso del analizado.

De esta manera el encuadre produce un espacio y visibiliza sus límites. Se delimita el adentro y el afuera y aparecen las fronteras que los diferencian. Este espacio interno generará, a su vez, las condiciones para la aparición de aspectos de intimidad, abriéndose a las diferencias entre lo privado y lo público.

El encuadre en la clínica psicopedagógica grupal

En la clínica psicopedagógica grupal es frecuente que los terapeutas se vean en la necesidad de trabajar en la construcción de modalidades de tramitación de lo íntimo. Los vínculos parentales atrapantes producen capturas que dificultan el acceso a la constitución del espacio de lo privado, el proceso de narcisización se realiza fallidamente y hay fisuras en los límites Yo/noYo. Hay niños que tienen grandes dificultades para responder a cualquier requerimiento del campo social si no están apuntalados por la presencia de algún adulto.

Por otra parte, una vez instaladas las barreras de la represión, y construidos los diques necesarios para evitar la aparición de aspectos reprimidos, se generan en los niños y adolescentes sentimientos de vergüenza que atentan contra la posibilidad de compartir sufrimientos y padeceres. Cuando los mecanismos defensivos son excesivamente rígidos, la palabra se encuentra amenazada y los niños se llaman al silencio. En estos casos los terapeutas son testigos de un retraimiento excesivo a espacios de verdadera clausura psíquica, que distan también de constituir lo que consideramos espacios de intimidad.

El espacio de intimidad se vincula con lo que Winnicott llama “la capacidad de estar a solas”. Este autor considera que esta capacidad es el resultado de los vínculos crecientes y satisfactorios con los primeros objetos de amor. Si estos son capaces de sostener positivamente a los niños en los primeros momentos de la vida y de ir promover la autonomía creciente, tanto psíquica como material, serán adultos que propicien esta capacidad para estar a solas. Winnicott dice que en un primer momento el bebé puede “estar a solas en presencia de otro”. Para ello hace falta un adulto que acompañe y sostenga pero sea también capaz de alejarse oportunamente, sabiendo que es importante para ese niño pero que no es ni será todo para él.

El fortalecimiento del encuadre viabiliza la circulación de aspectos de intimidad y de circulación del afecto al interior del tratamiento y su consolidación genera condiciones mínimas suficientes para el despliegue de aquellos aspectos que previamente no encontraron vías adecuadas de tramitación.

En los tratamientos grupales, el encuadre deberá generar aspectos transferenciales en relación al/los terapeutas, pero también se deberán tener en cuenta la instala-

ción y afianzamiento de las transferencias laterales. Dichas transferencias habilitarán y facilitarán la circulación pulsional entre los miembros del grupo.

En este sentido se hace necesario trabajar con los conceptos de relaciones de asimetría y simetría y poder conceptualizar cómo estos aspectos se despliegan al interior de un grupo de tratamiento.

Piera Aulagnier (1994, 253) sostiene que entre analista y analizante debe existir una relación de asimetría, que no es del orden de lo puramente descriptivo ya que pertenecen a un registro de lo inconsciente y de lo que -en ese orden- sucede en el espacio terapéutico. Esta relación asimétrica se sustenta en que el analizante no espera de la situación analítica lo mismo que el analista. El analizado espera que la terapia le permita apropiarse de un conocimiento sobre su realidad psíquica que lo habilite a ejercer un derecho y un poder tanto sobre sus aspectos pulsionales como simbólicos. El analista espera que su paciente alcance esa experiencia, no para ser objeto de su amor ni de su proyecto, sino para que continúe su proceso de ser autónomo.

El fenómeno que permite hablar de asimetría con mayor fundamento se vincula a las fuerzas en juego de la relación transferencial. Estas fuerzas se encuentran en una posición profundamente diferente ya que, cuando el analizante demanda una relación pasional de su analista, se encuentra con la negativa de responder a ese amor. Esto genera la proyección de aspectos conflictivos de la subjetividad, al obturar la satisfacción del afecto al interior del setting analítico.

El sostén de las condiciones encuadrantes funcionará como garante que minimiza el riesgo de que la relación transferencial se transforme en una relación pasional, manteniendo las fuerzas en juego en niveles que no atenten contra el desarrollo del proceso analítico sino que generen posibilidades de elaboración y transformación psíquicas.

Por otra parte, en la clínica de niños y adolescentes con problemas de simbolización nos encontramos, con frecuencia, con pacientes con escaso caudal representacional, debido a configuraciones psíquicas con poco nivel de individuación y autonomía. En estos casos el encuadre funciona como una prótesis de la estructura encuadrante primitiva, constituida fallidamente.

André Green (1994, 2003) define a la estructura encuadrante como aquella al interior de la cual se ha constituido y subjetivado la actividad psíquica de un individuo, dando cuenta de la unidad del psiquismo y de la manera en que se establece la separación primitiva con el objeto. La existencia de la estructura encuadrante permite la constitución de la estructura narcisista, facilitando el pasaje de la fusión primitiva con el objeto a una organización psíquica con autonomía creciente, que permita el advenimiento del Yo. La estructura encuadrante funciona como marco que define la relación adentro/afuera, Yo/noYo y que acompaña el pasaje del predominio del placer de órgano al predominio del placer de representación, en un primer momento alucinatorio, luego fantaseado y finalmente simbólico.

Cuando esta estructura se ha constituido fallidamente nos encontramos con chicos con escasa o nula autonomía, que sólo funcionan en presencia y con el sostén del adulto a su lado. Chicos con dificultades para fantasear o imaginar o, por el contrario, con irrupciones fantasmáticas aterradoras. El funcionamiento simbólico se encuentra obturado, especialmente en aquellas actividades que requieren de cierta creatividad. En los mejores casos son chicos que incorporan conocimientos pero de una manera rígida y repetitiva. Buenos copistas, malos creadores.

En el aspecto identificatorio, la estructura encuadrante facilita el investimiento de la imagen que apuntala la constitución del Yo. El objeto acompaña este proceso de verdadera unificación corporal, sosteniendo desde la mirada, desde el discurso y desde el deseo.

La estructura encuadrante posibilita la constitución de investiduras estables de sí mismo que luego devendrán en posibilidades sustitutivas para investir nuevos objetos, diferentes y lejanos de los objetos primarios, y facilita el establecimiento de un espacio interno. Este espacio interno es un verdadero espacio potencial para la representación constituido por un fondo de ausencia de una presencia ya efectivamente habida.

En la medida en que el encuadre apuntala la constitución de un espacio de circulación libidinal, diferencia un adentro y un afuera, facilita la aparición de aspectos pulsionales primitivos a los cuales propone nuevos modos de ligadura, funciona a la manera de prótesis de una estructura encuadrante no del todo consolidada.

En los comienzos del tratamiento les cabe a los terapeutas generar las condiciones para estabilizar el encuadre. Si bien parecería que esta tarea es una de las más sencillas dentro del trabajo del analista, en la clínica psicopedagógica grupal nos encontramos con muchos pacientes a los que les resulta muy difícil adecuarse a las condiciones del encuadre. Chicos que no pueden quedarse quietos, que interrumpen constantemente, que no pueden escuchar a los otros chicos. Todas las intervenciones ligadas a generar y a consolidar aspectos del encuadre resultan de gran importancia terapéutica. No son, de ninguna manera, meros ordenadores materiales, sino verdaderos ordenadores psíquicos, condiciones necesarias para que todo trabajo de asociación y elaboración pueda realizarse posteriormente.

El desarrollo de la idea de espacio transicional, de D. Winnicott, resulta también de gran importancia a la hora de profundizar en la temática del encuadre. Fue precisamente como resultado de la observación del niño y de la situación analítica cómo este autor despliega los conceptos de objeto, espacio y fenómenos transicionales. El espacio transicional es "una zona intermedia de experiencia a la cual contribuyen la realidad interior y la vida exterior" (D.W. 1971, 19)

El objeto transicional deja lugar para el proceso de adquisición de la capacidad para aceptar diferencias y semejanzas, ya que describe el viaje del niño, desde lo subjetivo puro hasta la objetividad. Green (1996, 235)

agrega que el concepto de objeto transicional reclama la noción de espacio transicional, que funciona como una actualización y una elaboración de los momentos fundantes de esos procesos de autonomía, cuya prolongación acompañará la experiencia cultural de la sublimación.

La clínica psicopedagógica grupal es también un espacio posibilitador de la creación de objetos, en el cual los pacientes adquieren o recuperan la posibilidad de investimento y catectización de objetos que ya estaban disponibles pero aún no objetualizados. Se juega entonces como un espacio potencial, transicional, necesario para el despliegue creativo.

Este espacio es muy variable y depende de las experiencias vitales de cada uno. Para que haya habido experiencia de objeto y espacio transicionales, fue requisito la presencia de una madre "suficientemente buena", capaz de una presencia efectiva y amorosa y también de una ausencia que frustrara solamente en la medida que el niño pudiera ir tolerándolo.

Muchos de los chicos que nos consultan han atravesado fallidamente estas experiencias. Las relaciones primitivas capturantes, los excesos de certezas de las figuras parentales, las desestimaciones de los aspectos creativos y fantasmáticos de los chicos, atentan contra la posibilidad de espacios de transicionalidad. El espacio clínico constituirá una nueva oportunidad para el desarrollo de estos aspectos si los terapeutas están atentos a intervenir promoviendo las condiciones adecuadas. La estabilización del encuadre colaborará a que "las fuerzas en juego", según palabras de P. Aulagnier, no irrumpen desordenadamente, ni se pongan al servicio de las pasiones descontroladas, sino que puedan irse tramitando cada vez más simbólicamente, con producciones autónomas y creativas.

BIBLIOGRAFÍA

- Aulagnier, P. (1975), La violencia de la interpretación. Amorrortu Editores. Buenos Aires
- Aulagnier, P. (1979), Los destinos del placer. Paidós. Buenos Aires
- Aulagnier, P. (1985), El aprendiz de historiador y el maestro-brujo. Amorrortu Editores. Buenos Aires
- Bó, T. (2006) "Intervenciones", en Tratamiento de los problemas de aprendizaje. Wettengel y Prol (comp.) Noveduc. Buenos Aires
- Bó, T. (2011). "Logros y avatares en los procesos simbólicos", en Actualización en psicoanálisis de niños 2010. AEAPG - n° 33 - Buenos Aires
- Freud, S. (1915) Trabajos metapsicológicos (J.L. Etcheverry Trad.) Tomo XIV Buenos Aires Amorrortu.
- Freud, S. (1915) Conferencias de introducción al psicoanálisis (J.L. Etcheverry Trad.) Tomo XV y XVI. Buenos Aires Amorrortu
- Freud, S. (1915) Duelo y melancolía (J.L. Etcheverry Trad.) Tomo XIV Buenos Aires Amorrortu.
- Green, A. (1986) Narcisismo de vida, narcisismo de muerte (J.L. Etcheverry Trad.) Buenos Aires Amorrortu.
- Green A. (1994) El trabajo de lo negativo (I. Agoff Trad.) Buenos Aires Amorrortu.
- Green, A. (1995), La metapsicología revisitada. Eudeba. B.Aires
- Green, A. (2003), Ideas directrices para un psicoanálisis contemporáneo. Amorrortu Editores. Buenos Aires
- Kaës, R. (1994). La palabra y el vínculo. Procesos asociativos en los grupos. Amorrortu Ed.
- Kaës, R. (1995). El grupo y el sujeto del grupo. Elementos para una teoría psicoanalítica del grupo. Bs. As. Amorrortu Ed.
- Schlemenson, S. (2004), Subjetividad y lenguaje en la clínica psicopedagógica. Paidós. Buenos Aires
- Wettengel, L y Prol, G (comps.) (2009), Clínica psicopedagógica y alteridad. Noveduc. Buenos Aires
- Winnicott, D (1973), Realidad y juego, Ed. Gedisa, Buenos Aires